

La fiesta

Por Ana María MATUTE

Dibujo de Emilio ORTIZ

Era hija de una de las criadas del alcalde y de un mal carbonero, de esos que van de prohibido por los bosques, destrozando árboles. El carbonero se fue, después de una riña a cuchilladas con sus compañeros, y la mujer, con la niña, volvió a casa del alcalde.

—Que me tome, por Dios —dijo la antigua criada—. Tómeme, aunque sea por la comida.

El alcalde lo pensó algo, pero, como en el pueblo tenía fama de bondadoso, se la quedó, bajo esas condiciones. A su mujer le hizo gracia la niña, que no tenía aún diez meses y que parecía robusta, muy dispuesta a la risa. Ellos no tenían hijos, todavía, y la niña venía a alegrar la casa.

A la niña le llamaron Eloísa, que era un bonito nombre, por la santa del día en que nació. La alcaldesa bajaba a verla a la era, cuando las faenas de la parva, donde su madre la tenía bajo un paraguas abierto, junto a la cesta de la comida y el vino.

—Eloísa, Eloísa —decía la alcaldesa, que gustaba mucho de pronunciar palabras hermosas. Le miraba las piernas al aire, la boca ensalivada, y le acariciaba la cabeza.

Cuando Eloísa ya correteaba sobre sus piernecillas cortas y vigorosas, la alcaldesa se sintió encinta. Al invierno, poco más allá de la Navidad, nació en casa del alcalde un niño largo y rojizo, que prometía ser tan buen mozo como su padre. Hubo bautizo por todo lo alto. Apadrinaron al catecúmeno el barón y la baronesa —llegados exprofeso en su tilburí pintado de rojo, desde su finca El Endrinero— y hubo chocolate con bollos para los niños de la escuela. Al niño se le llamó Eleuterio Ramiro Gracián, y el mundo se borró a su alrededor para el alcalde y la alcaldesa.

Eloísa fue perdiendo puntos, día a día. Dos meses después del nacimiento de Eleuterio, Eloísa ya no podía subir al piso del ama y debía permanecer en la cocina o en el cuarto de los aperos. Si hacía buen tiempo correteaba por el huerto, oculta a los ojos de la alcaldesa, de forma que no le llegaran sus gritos ni sus pisadas torpes. La madre la miraba desde la puerta, con mirada honda y pensativa, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, atenta a las voces del piso superior:

—Calla, Eloísa, que no te oigan los amos —le decía.

A Mariano, el aparcero mayor, le molestaba oírle decir aquello:

—No eres un perro, para tener amo —le decía.

Pero ella sonreía de un modo vago, y meneaba la cabeza.

Eloísa creció mucho. A los diez años parecía tener catorce. Su cuerpo era grande, sus piernas gruesas. La cabeza firme sobre el cuello macizo, los ojos azules, de un azul intenso de heliotropo. Su boca, de labios gruesos, se abría en una sonrisa constante y fija.

—Pobre muchacha —decían los de la cocina, los de la tierra, los segadores. Y también los quincalleros que entraban a tomar un vaso de vino, de pasada, por la puerta de atrás.

Eloísa hablaba despacio y poco, miraba fijamente, con bondad, y no sabía leer ni escribir. Mariano, el aparcero mayor, le decía a la madre:

—Mujer, llévala al médico. Dicen que hay uno bueno en llegando a Milanillo...

La madre callaba y miraba al suelo. Luego, se encogía de hombros, y decía:

—No tiene cura, porque no está enferma. Sólo que es inocente.

La madre de Eloísa cogió fiebres malignas. Tras dos meses de arrastrar la enfermedad, mitad en la cama, mitad de faena, la trenza arrollada con descuido y los ojos brillantes, murió al comienzo de la primavera. Luego del entierro, Mariano le dijo al alcalde:

—Mire usted, que de la chica habrá que pensar algo.

—¿Qué chica?

—De la Eloísa hablo, la hija de la difunta.

—¡Ay, ya! —dijo el alcalde—. Bueno: eso lo dices a mi mujer. Que ella lo piense.

La alcaldesa lo pensó:

—¡Ay, qué sé yo! Llena estoy de hijos. Bastante que pensar me dan los míos, y aún habré de cavilar por los de los demás...

No caviló mucho. Eloísa no servía ni para coser ni para cocinar: era zafia, torpona, pesada. Por otra parte, pocas muchachas podían compararse con ella en cuanto a fuerza y salud. Eloísa, a sus doce años, era alta como una mujer y cargaba pesos como un hombre.

—De pastora —dijo el alcalde—. De pastora la pondremos, con las ovejas.

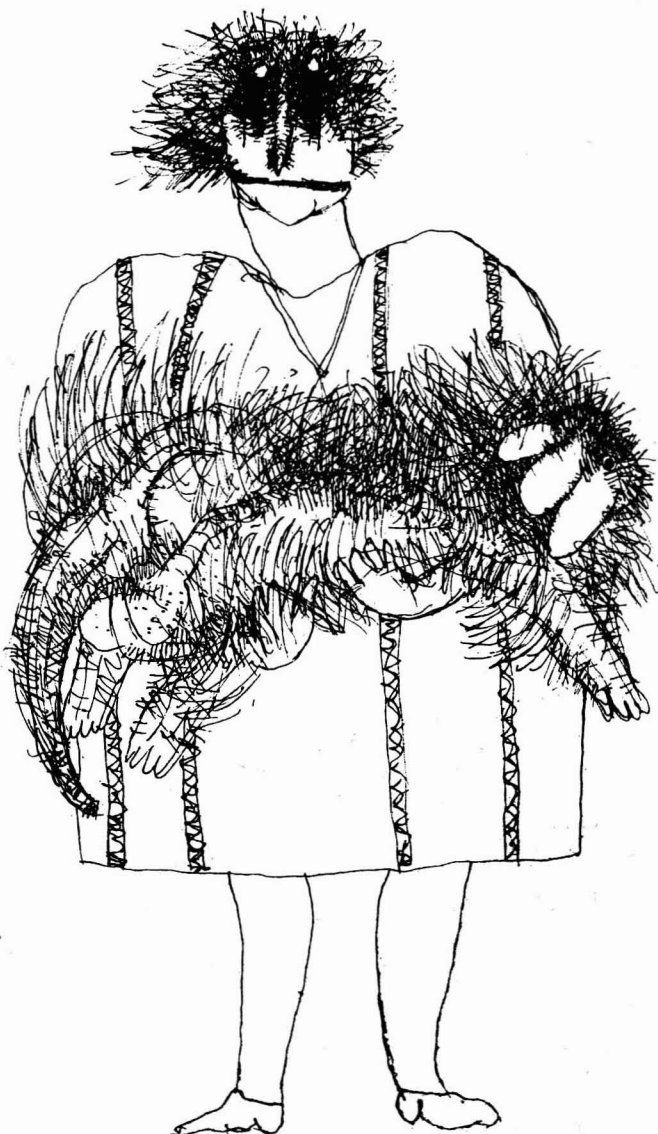
La mandaron al monte, y Eloísa fue feliz. Pasaba mucho tiempo echada cara al cielo. En seguida conoció el oficio. Cierro que no hablaba con nadie, casi nunca. Pero tampoco habló mucho cuando estuvo en la casa. Bajaba al pueblo cada tres meses, y todas las semanas un zagal le subía la comida.

Pasó el tiempo. Eloísa cumplió quince años. Se abrió el mes de mayo y estaban en vísperas de la fiesta del pueblo. Le tocó bajar a la casa, y estaba en la cocina, comiendo un plato de cocido, cuando entró el amo. Éste se la quedó mirando, y sonrió. Parecía contento.

—Ésta es Eloísa —dijo Manuela, una de las jornaleras.

—Ah, sí, Eloísa —contestó el amo—. ¡Qué niña te tuve entre mis brazos! ¡Y qué moza ya, cielo bendito! ¡Qué moza ya!

Le acarició el pelo y Eloísa enrojeció, sonriente.



—Ya eres una mujer —dijo el amo—. Está en edad de novio. ¿A qué día estamos, Manuela? ... A quince: dentro de cuatro, la fiesta. Tú ya estás en edad de fiestas, Eloísa.

Eloísa levantó la cabeza vivamente, y se le quedó mirando con la boca abierta.

—Mira lo que te digo, muchacha: este año bajarás a la fiesta. Sí: te bajas ya de víspera, por la noche. Tú también celebrarás el santo. ¿Te gustan las fiestas?

Eloísa estaba roja como una amapola. Afirmó levemente con la cabeza, y Manuela intervino, riéndose:

—¡Qué sabe ella de fiestas, si no vio ninguna! —dijo—. Muy niña era para acordarse ahora.

Entonces Eloísa habló. Su voz sonó clara y despaciosa, extrañada:

—Sí, me acuerdo —dijo—. Me acuerdo. Venían quincalleros y carros con melocotones. También churreros, y, sobre todo, música.

El alcalde asintió:

—Así es. Bien: tendrás danza y baile, Eloísa. ¡Malo será que no encuentres buen novio! Y, de éstas, pronto celebraremos bodas. ¡Te aseguro que te haré buenas bodas, Eloísa! Tu madre fue una buena mujer.

A Eloísa se le llenaron los ojos de lágrimas. El alcalde se fue de la cocina, y Manuela se volvió a ella con las manos en jarras:

—¡Pero chica! —dijo—. ¡Pero chica!

Y le dio en la espalda con la palma abierta, para demostrarle su contento.

Desde aquel momento empezó el sueño. Eloísa recogió su muda limpia, su zurrón, el pan, la cecina, los ajos. Se peinó despacio su trenza áspera, negra como el carbón. Se calzó las abarcas nuevas, sobre las medias de lana blanca. Todo con el ensueño dentro, como un mal viento, dulce y enemigo a un tiempo. Algo se le había colado en el pecho que le quitaba la paz. Los tres días restantes los pasó tumbada cara al cielo, con las manos llenas de piedrecillas menudas, que tiraba una a una, lejos, con una sonrisa grande y total. "Fiestas, fiestas, boda, fiestas...", pensaba. De pronto había amanecido un sol grande y punzante que la hería dentro, que terminaba con su tranquilidad, pero que abría un mundo extraño y desconocido delante de sus ojos. "Como las chicas del pueblo. Como todas las chicas del pueblo. Habrá buenas fiestas para mi boda. Cuánto me gusta la fiesta." No podía pensar en otra cosa. Nunca había pensado así, en nada.

Bajó el diecinueve por la noche. Cuando llegó a la casa, ya brillaban las estrellas en el cielo. Entró en la cocina colorada y radiante, y las criadas y Mariano la celebraron con burlas y risas de cariño.

—¡Anda, qué buena moza se gana la plaza este año! —dijo Mariano, dándole vueltas a la sopa con la cuchara. Y a su salud se bebió un cuartillo de tinto oloroso.

—Te has de ganar el baile —le dijo Margarita, la cocinera—. Mañana estará la casa de bote en bote: toda la parentela del alcalde y mil gorriones que se vienen a celebrar a esta casa la fiesta. Muchacha, has de ayudar en la cocina. Toda la tarde será tuya, pero la mañana me la empleas a mí.

Eloísa asintió.

—El baile es lo que quiero yo —dijo. Y todos se rieron.

El día amaneció cálido y brillante. Las campanas la despertaron con gran sobresalto, a eso de la seis. Subió descalza a la cocina, donde ya trajinaban las mujeres.

—¡Cúbrete, muchacha desvergonzada, que los hombres van a entrar de un momento a otro!

Con un gran contento Eloísa se fue a la pila del lavadero y se restregó con jabón y estropajo. Se vistió la muda limpia. Se asomó al espejo de las criadas, ruborizada y torpe. Sus propios ojos azules le miraban. La mañana, tal como anunció la cocinera, fue de gran trajín. Eloísa tuvo que atender a mil trabajos: acarrear agua, pelar patatas, subir cargas de leña, vigilar la hornada de panes, tortas y empanadas, fregar, recoger, llevar y traer... Luego, ayudó a servir la gran mesa instalada en la trasera de la huerta, con sus veintisiete comensales. Cierta es que la ayudaron Manuela y una hija de ésta, de catorce años, llamada Filomena; pero aún así, cuando al fin se sentaron a comer los aparceros y los de la cocina —serían alrededor de las cuatro de la tarde—, Eloísa estaba algo pálida. Así lo dijo Mariano:

—Chica, a ver si vas a estar rendida pa' la hora del baile.

—¡Bah! —dijo la cocinera—. ¡Como si no supiera ésta de ires y venires! ¡Si anda triscando por los montes todo el día! Mujer es, y bueno es que aprenda las faenas de la casa, si quiera sea una vez al año.

—Una buena siesta en comiendo, y pa' la hora del baile como nueva —dijo Manuela, metiéndose en la boca una gran cucharada.

Eloísa sonrió. No tenía apetito, a pesar de que el olor del caldo de fiesta le estuvo cosquilleando la nariz golosamente toda la mañana. Dentro de su corazón, en un lugar que ella no sabía de cierto, le culebreaba una inquietud alegre y dolorosa: "El baile. Es la fiesta. Es la fiesta..." No pudo ir por la mañana a la iglesia, pues había demasiado trabajo, pero oyó las campanas, y aún le parecía que sonaban, en alguna parte.

La comida en la cocina fue ruidosa y llena de risas. El vino corrió, y Eloísa lo probó también. Le gustó, porque aquella sensación que le naciera cuando oyó las palabras del amo, habiéndole de la fiesta, se avivaba con él. "Ya falta poco, ya falta muy poco."

Después de comer, las mujeres recogieron los cacharros, que se apilaban en increíble cantidad junto a los fregaderos. Los hombres se tendieron en el patio, con los cigarros y el anís, los ojos cargados. Los amos hacía rato que subieron a sestar.

Eloísa tenía sueño. Tanto sueño y cansancio que la cocinera la miró y le dijo:

—Anda a echarte un rato, moza. Anda a echarte, que ya has bregado lo tuyo y luego no podrás bailar.

—No, no —respondió Eloísa.

—Pero la cocinera la empujó suavemente hacia la puerta.

—Anda, échate en mi cama. Hasta las seis no empieza la música...

Casi sin sentir se fue donde le decían. El cuarto de las criadas olía espeso, muy distinto a la choza de las montañas.

Su sueño era grande y pesado. Un sueño de animal de bosque o de niño: de niño extraño y grande, de niño raramente prolongado a través de los años.

A las seis bajaron las mujeres a darse un toque. La vieron dormida, con el pecho suave y profundamente levantado al compás del sueño.

—¡Dejaila! —exclamó la cocinera—. ¡Dejaila dormir!

Filomena, la hija de Manuela, se echó a reír.

—¡A ver cuánto duerme!

—¡A ver!

Salieron. Cuando doblaban la esquina (húmedos los cabellos tirantes, los zapatos brillando, resonando sobre el empedrado de cantos desiguales) les llegó la música de la plaza. Como un aire fresco, hasta los ojos y la frente, calientes por el vino y el trajín.

Pasó la tarde. Volvieron fatigadas, a preparar la cena, a eso de las diez.

De pronto, Manuela se acordó de Eloísa.

—¡Virgen, la zagala!

Se miraron las mujeres como sorprendidas. Filomena se tapó la boca para no reír. Bajó de puntillas al cuarto, y subió poco a poco.

—¡Que duerme aún! ¡Que está dormida!

Se quedaron un minuto en silencio. Al fin, la cocinera levantó los hombros, con gesto como resignado.

—¡Dejaila ya! ¡Pa' qué...! ¡Que duerma, por lo menos!

Después de la cena volvieron al baile, que duró hasta la una de la madrugada.

A eso de las cinco se despertó Eloísa. Un claro resplandor entraba por la ventana. Se incorporó en el lecho y miró con ojos asustados a su alrededor. Tenía los párpados hinchados y enrojecidos, sobre el azul heliotropo de sus pupilas.

—Margarita... —llamó.

La cocinera dormía a su lado, con un ronquido leve.

Margarita dio un gruñido y Eloísa la zarandó.

—Margarita... ¡que es la hora del baile! —y sin saber por qué le temblaba la voz. La cocinera abrió un ojo y dijo con voz áspera:

—¡Qué baile ni qué...! ¡Ya se acabó la fiesta! ¡Estuviste durmiendo, bobalicona, toda la tarde, toda la noche...! ¡Se acabó la fiesta!

Eloísa se quedó quieta, mirando a la pared. Margarita se incorporó a medias, y la miró con el rabillo del ojo.

—Anda, muchacha, no lo tomes así. Dentro de un año la fiesta vuelve. Duerme. Te queda todavía una hora.

Pero Eloísa se levantó despacio. Se calzó las abarcas, se echó el mantón por la cabeza y salió hacia su montaña.

Dos días después, el niño que le subía la collera, la encontró muerta cara al cielo. Dijo el médico que fue cosa del corazón, que andaría débil. Pero Manuela decía a todo el mundo que le preguntaba:

—Ay, la zagala, se murió de "tristura".